

## RUBEN DARIO Y EL 98

POR

ANDRE NOUGUE

Ya se sabe la afición que desde joven tenía Rubén Darío a España y con qué entusiasmo se embarcó en 1892 para ir a pisar la tierra de sus lejanos abuelos.

A este primer viaje siguieron otros muchos durante la vida andariega del nicaragüense, que compartió sus actividades entre diplomacia, periodismo y literatura. Madrid le encanta no sólo porque es una ciudad «invariable en su espíritu» y es «la capital del buen humor tradicional», sino porque allí puede codearse con poetas, novelistas y artistas que hablan su misma lengua, con los cuales puede discutir sobre los temas que más le gustan o le preocupan. Se encuentra Rubén Darío con todos los que forman la llamada generación finisecular —los que están al final de su carrera, y los que representan el porvenir de España—, y con ellos traba amistad. En las tertulias que se organizan en las librerías, en casa de eruditos, en algunas farmacias, y sobre todo en los cafés (el café de Madrid, el Nuevo café de Levante), Rubén Darío conoce en seguida—y no tiene dificultad para ello, porque su fama de gran poeta llegó antes que él a España—a todos los poetas de categoría, entre los cuales, los hermanos Manuel y Antonio Machado, Juan Ramón Jiménez, a los dramaturgos Marquina, Benavente, a los novelistas Baroja, Valle-Inclán, Silverio Lanza, Unamuno, Azorín, al ensayista Maeztu y a otros varios. Aunque es español de América, reacciona como un español de España, y se porta con tanto más ardor y fogosidad cuanto que para un poeta no existen fronteras, sobre todo cuando se trata de las del espíritu.

Había venido Rubén para conocer el alma de España, para captar todas sus vibraciones, para percibir todas sus emociones y arrebatos. Quería saber cómo vivía la tierra madre. Por eso es por qué la miró con la perspicacia de un médico, con el cariño de una madre y con el entusiasmo de un patriota. Eso le lleva a analizar a España con la misma lucidez y clarividencia que todos los pensadores o ensayistas que constituyen el grupo designado bajo el título de generación del 98, con los cuales se identifica, como pensamos demostrarlo. Desde luego, se le suele considerar como jefe del movimiento modernista, porque

lo que más fama tiene y más influencia ha dejado es su obra propiamente poética, pero no hay motivo suficiente para olvidar que ha sido un «noventayochista» tan ardiente y apasionado como Unamuno o Maeztu. Efectivamente, contiene su obra muy vasta numerosos juicios sobre la situación de España después de la derrota de Cuba, numerosos análisis muy pertinentes sobre sus causas y consecuencias y sobre los modos y medios de renovación nacional.

Cuando llegó a España la terrible noticia de la derrota total de sus tropas y de su flota en Cuba, en 1898, experimentó la nación entera un dolor profundo en que se mezclaban amargura, cólera y desaliento. Tuvo la gente la impresión de un hundimiento general y bien podía decir Rubén Darío que:

estaba dolorosa y abatida la raza, agonizaba el país (1).

Bien podía también Pardo Bazán hablar, en un cuento, de:

... aquellos días de angustia y zozobra ... el horror de las tinieblas y fatídica visión del desastre inmenso ... aquellos días que, a pesar de su lenta sucesión, parecían apocalípticos (2).

Pero pasadas la sorpresa y la cólera que causó la *débâcle*, como dijo en francés Rubén Darío, tratan algunos españoles de reflexionar y meditar sobre la humillante situación en que yace el país. En un prólogo para el homenaje dedicado a Menéndez Pelayo, en 1899, escribía el viejo Juan Valera algunos renglones que reflejaban con exactitud la situación moral y política de España. Entresaca Rubén Darío algunas frases que citamos:

... fuerza es confesar, por desgracia, que España está en el día profundamente decaída y postrada. Su regeneración requiere, sin duda, un gran poder político sabio y enérgico, ejercido con voluntad de hierro y con inteligencia poderosa y serena; pero tal vez antes de esto, y para orientarse y para descubrir amplio horizonte y para abrir ancho y recto camino, se requiere que formemos de nosotros mismos menos bajo concepto y no nos vilipendemos, sino que nos estimemos en algo... (3).

Igual opinión, quizá más duramente expresada, es la de Jacinto Octavio Picón, con quien se entrevistó Rubén Darío, con motivo de

---

(1) Me sirvo, para todas las referencias, de las *Obras completas* de Rubén Darío, Madrid, Ed. Aguado, 1950, cf. t. III, *Tierras solares*, p. 851.

(2) PARDO BAZÁN: *Obras completas*, Madrid, Ed. Aguilar, 1947, 2 vol.; véase tomo I, p. 1.763, *La Vengadora*, publicado por primera vez en *Blanco y Negro*, 1898, número 370, y recogido en *Cuentos de la Patria*, 1902.

(3) RUBÉN DARÍO: *Op. cit.*, t. II, *Cabezas*, pp. 943-944.

su reciente elección a la Real Academia de la Lengua. Las palabras que le dirige son de hombre amargado y descorazonado: aunque el rato es duro de aguantar, los españoles no han venido a menos tanto como se cree, y tienen fuerzas, si quieren, suficientes para no dejarse aplastar por la desgracia. Así se dirige Picón amistosamente al poeta-periodista:

Ha caído nuestra amada y grande España muy abajo; y lo peor es la espantosa enfermedad nueva aquí, que ha atacado a esta tierra, la conformidad, la indiferencia con el desastre, el encogimiento de hombros ante la ruina. Crea usted: aquí no nos hacen falta inteligencias, no estamos necesitados de talentos, que se encuentran a cada paso; lo que no tenemos son voluntades; la abulia es la adolencia actual nuestra... Antes se habría puesto el pecho al frente, se habría luchado por la reconstrucción del perdido poderío; se habrían multiplicado los esfuerzos. Hoy apenas se oye el levantamiento de iniciativas individuales. Y el primero en impedir las es el gobierno. Por un lado, apatía; por otro, políticas dañosas y descuido de los verdaderos intereses del pueblo español (4).

El mismo Rubén Darío intenta comprender por qué ha reaccionado España tan poco y tan mal ante el desastre nacional, considerado en aquellos años como la catástrofe por antonomasia. Reúne en su obra una serie de reflexiones y consideraciones que pueden explicar, a lo menos en parte, la situación en que está España.

Lo que nota primero es la indiferencia que reina en el país por todo lo que pasa fuera de sus fronteras. Reconocen los mismos españoles que tienen periódicos mal informados y que sus librerías parecen ignorar cuanto se publica en el extranjero. Es que, como decía Juan Valera, «entre nosotros, casi nadie lee ni compra libros» (5). En estas condiciones no entra la cultura, no se estimula la emulación ni se despierta la curiosidad. El libro, vehículo del pensamiento, es un elemento imprescindible para la formación del hombre; y por no encontrar mucha difusión entre las varias clases sociales—sobre todo porque es demasiado caro—no puede contribuir en el fomento del progreso en España.

De esta indiferencia y falta de curiosidad saca Rubén Darío la conclusión de que España vive encerrada y replegada sobre sí misma. Se ha condenado sin motivo a perpetua reclusión que la mantiene fuera del estimulante y vivificador contacto de las demás naciones. De puro vivir encerrada en «su casa de piedra secular» sin salir «a respirar el aire libre, a ver la luz nueva» (6), España está como un en-

(4) RUBÉN DARÍO: *id.*, t. II, *Cabezas*, pp. 1.019-1.020.

(5) JUAN VALERA: *Obras completas*, Madrid, Aguilar, t. II, p. 620.

(6) RUBÉN DARÍO: *Op cit.*, t. IV, *Juicios*, p. 889.

fermo a quien le hace mucha falta sangre nueva para recobrar fuerzas y ánimo.

En su artículo «El crepúsculo de España», título muy expresivo, hace Rubén Darío hincapié en esta misma crítica, considerando con razón que el aislamiento voluntario, la falta de contactos humanos, el estancamiento social, material e intelectual, y, por fin, las normas anticuadas de vida que siguen vigentes, son las causas principales de las desgracias de España. Así se expresa el poeta:

España ha querido permanecer encerrada en una múltiple muralla china que no ha dejado desarrollar las fuerzas interiores ni penetrar la vida libre de fuera. Una ciega megalomanía ha influido en algunos de sus espíritus dirigentes, en la mayor parte de sus hombres de pensamiento, que han conservado las antiguas armaduras, sin poner nada dentro (7).

Lo mismo opinaba Emilia Pardo Bazán cuando escribía el cuento, de carácter simbólico, titulado *La armadura* (8).

Por consiguiente, son los mismos españoles los que llevan la responsabilidad de la derrota, porque dejaron debilitarse sus fuerzas tradicionales y no supieron conservar las prístinas virtudes de la raza. Para volverlas a encontrar tienen que reanudar provechosos contactos con los países extranjeros; así habla Rubén Darío a los que representan la esperanza de España que:

... deben asentarse sobre las viejas piedras del edificio caído, y sobre él, comenzar la reconstrucción poniendo la idea nacional en contacto con el soplo universal, manteniendo el espíritu español, pero creciendo a la luz del mundo (9).

Y siguiendo el poeta su análisis, descubre con enojo que este aislamiento voluntario y esta soberbia indiferencia traen como fatal consecuencia la pérdida del prestigio español. ¿Qué va a ser de un país —se está preguntando Rubén Darío— sólo conocido por sus toreros y sus bailaoras? Nada glorioso (10). El estancamiento y el atraso general

---

(7) RUBÉN DARÍO: *Op. cit.*, t. IV, *El crepúsculo de España*, p. 577.

(8) Publicado en *Cuentos de la Patria* (1902); véase en PARDO BAZÁN: *Obras completas*, Madrid, Aguilar, tomo I; la escritora imagina que en cierta ocasión viste un personaje una armadura antigua; como se queja de que le resulta estrecha y ahogadora, le contestan así: «¿Sabes lo que te ocurre? España está como tú... metida en los moldes del pasado y muriéndose, porque no cabe en ellos ni los puede soltar» (p. 1.774).

(9) RUBÉN DARÍO: *Op. cit.*, t. IV, p. 578.

(10) RUBÉN DARÍO: *Op. cit.*, t. II, *Novelas y novelistas*, del 24 de julio de 1899, página 1.110

de España en todos los dominios han contribuido a provocar la decadencia y la ruina que agobian a España. Rotundas son sus afirmaciones:

... la causa principal de tanta decadencia y de tanta ruina estriba en el atraso general del pueblo español; reconocen que no se ha hecho nada por salir de la secular muralla que ha deformado el cuerpo nacional (11).

En abril de 1899 daba Pardo Bazán una conferencia en París sobre el problema español después del desastre, y, al modo de ver de la novelista, hay que explicarlo todo por la leyenda áurea y por la leyenda negra de España. Pero Rubén Darío va en contra de esta opinión, arguyendo que aquellos tiempos gloriosos que increpaba doña Emilia servirán de base al resurgimiento español; y además es España, naturalmente, idealista; si es útil, opina Darío, que numerosas chimeneas se alcen en los centros industriales, también es necesario que Rocinante pueda andar por donde quiera (12). Esta discusión sobre un asunto tan candente revela las preocupaciones de cierta categoría de españoles que intentan dar explicaciones y encontrar soluciones, al par que pone de relieve el apasionamiento del poeta nicaragüense que intenta prestar eficaz colaboración en la afanosa búsqueda de la resurrección de España.

Pero no es suficiente discutir sobre ideas; hace falta ver lo concreto; y para eso hay que analizar detenidamente la realidad española, subrayar lo malo y cortar en lo vivo si lo pide la salvación de la patria. Se pone entonces Rubén Darío a examinar en qué estado se encuentran algunas estructuras del país. No nos admiremos al descubrir en su obra como un eco del pensamiento bien asimilado de los pensadores de la generación del 98 (de los cuales muchos fueron amigos suyos, y con la mayor parte de ellos se pasaba largos ratos en las tertulias madrileñas), que no dejaban de llamar enérgicamente la atención de todos acerca de la decadencia de la patria.

Por ocupar el catolicismo en España una posición preeminente y tener influencia profunda en la población, estudia Rubén el problema religioso. Su artículo «Semana Santa», incluido en *España contemporánea*, es muy revelador del estado de su espíritu. Nos parece impor-

---

(11) RUBÉN DARÍO: *Op. cit.*, t. III, *Madrid*, del 4 de enero de 1899, p. 44.

(12) RUBÉN DARÍO: *Op. cit.*, t. III, *España contemporánea*, p. 153: «No hace daño a España, como doña Emilia cree, no le hace daño el recuerdo y el mantenimiento de la leyenda de oro de su historia... Para la reconstrucción de la España grande que ha de venir, aquella misma áurea leyenda contribuirá con su reflejo alentador, con su brillo imperecedero. España será idealista o no será. Una España práctica... es una España que no se concibe... Progreso, cuanto se quiera y se pueda; pero quede campo libre en donde Rocinante encuentre pasto y el caballero crea divisar ejércitos de gigantes.»

tante decir que Rubén Darío es católico para que podamos mejor entender su actitud y sus juicios sobre este asunto. Cuando pregunta: ¿es España verdaderamente religiosa? La contestación del poeta es negativa con brutalidad: «creo que, en el fondo, no» (13).

La mayoría de los obreros es poco religiosa porque ha sufrido, en ciertas regiones, la influencia de las corrientes liberales y, además, los problemas sociales pendientes, y sin solución, que se plantean en España, alejan a los trabajadores de la Iglesia. Eso vale, sobre todo, para Cataluña y Andalucía. Rubén Darío quiere ser objetivo y echar la culpa a quien se lo merece. Bien es verdad que entre el alto clero se encuentran hombres cuerdos, sabios y virtuosos, pero desgraciadamente no pasa lo mismo con numerosos curas «amigos de juerga, de guitarras y de mostos», cuya moralidad es muy sospechosa. Esta enfermedad tiene que ser endémica, ya que—lo subraya Rubén Darío—el ama o la sobrina del cura han venido a ser personajes cómicos en el teatro. Por algo será.

¿Pueden ser, pregunta Rubén, las manifestaciones religiosas—las de Semana Santa, por ejemplo—, consideradas como la expresión de la profunda religiosidad española? Lo duda mucho el poeta, que no ve en ellas—y se expresa con increíble vehemencia—más que la continuación de una tradición sin objeto—porque no representan el verdadero espíritu de la religión tal como la concibe o la desea—, y nefasta, ya que no trae ningún beneficio moral al cristiano y porque en todas las procesiones vistosas y espectaculares

encontraréis siempre la guitarra, el vino, la hembra (14).

Según Rubén Darío, la fe española es muy superficial, y es, sobre todo, fanática. Se respalda el poeta en la historia; reconoce que tuvo España el gran mérito de difundir por el mundo el catolicismo, pero no lo hizo siempre con la persuasión, sino con la espada. Leamos estas líneas con que acaba Rubén Darío su artículo «Semana Santa», que bien podía haber sido firmado por uno cualquiera de los pensadores de la generación del 98:

País de Carlos V, de Felipe II, de Carlos II, el Hechizado; país de la expulsión de los judíos y de los moros: su fe no llega muy a lo profundo. Creedme: la brava España llevó la Cruz al mundo nuevo nuestro, a lejanas tierras, la impuso por la fuerza, de manera

---

(13) RUBÉN DARÍO: *Op. cit.*, t. III, *Semana Santa* (del 31 de marzo de 1899), página 131.

(14) RUBÉN DARÍO: *Op. cit.*, t. III, *id.*, p. 133.

Koránica; pórtala sobre el oro de la corona, sobre la cúpula del palacio real; pero España es como la espada: tiene la cruz unida a la filosa lámina de acero (15).

Igual de explosivas son las opiniones de Rubén Darío sobre la enseñanza. Cuando se enfrenta con este problema capital para un pueblo, ya que se trata del porvenir de su juventud, nota que existe en España un número colosal de analfabetos. Su parecer es tajante: «En ninguna parte de Europa está más descuidada la enseñanza» (16).

Y demuestra su categórica aseveración. Recojamos sus argumentos. La primera enseñanza es la más descuidada y la peor. Los maestros no enseñan ni saben enseñar nada a los alumnos. Ya que el principio es malo, tiene que repercutirse a lo largo de los estudios del niño. No trata el maestro de explicar y hacer comprender, el cual—como su colega de la enseñanza media—tiene la «monomanía del discurso», según las palabras de Rubén Darío. Afortunadamente, no padece la Universidad de la misma enfermedad. Goza de mejor organización, cuenta con excelentes catedráticos, pero no todo está perfecto, ya que, dice Rubén, «deja mucho que desear».

En cuanto a las escuelas especializadas, aquellas cuyo objeto es formar los jefes de las administraciones de la nación, su enseñanza está en un estado lamentable. Nos da Rubén ejemplos de la incapacidad del profesorado que refiere con indignación:

me dicen cosas monstruosas de tales centros de enseñanza, y si no las retiriese persona muy culta y muy conocedora, serían increíbles. En una clase de topografía, después de trabajar todo el año, entre todos los alumnos y el profesor, al hacer las prácticas de fin de curso, no consiguieron cerrar un perímetro (17).

Nota también Rubén Darío la cantidad de colegios privados que existen en España, lo cual prueba la importancia de la influencia religiosa en la enseñanza. Está convencida la alta sociedad española de que sólo en colegios privados se puede recibir una buena instrucción. No discute Rubén Darío el valor de esta opinión, pero nos dice que «la experiencia ha demostrado aquí y en otras muchas partes que los internados son funestísimos.»

---

(15) RUBÉN DARÍO: *Op. cit.*, t. III, *id.*, pp. 135-136. Quizá convendría para ilustrar el modo de entender el catolicismo por aquellos años de fines del siglo XIX recordar los ataques de la prensa católica española contra dos cuentos de Pardo Bazán, *Posesión y Sed de Cristo*, publicados en 1895, cuyo sentido no se había entendido. Menos mal que la escritora encontró valeroso defensor en la persona del obispo de Jaca, Antolín López Peláez, que estigmatizó el falso espíritu religioso de los acusadores de doña Emilia.

(16) RUBÉN DARÍO: *Op. cit.*, t. III, *España contemporánea: La enseñanza* (del 8 de septiembre de 1899), p. 282.

(17) RUBÉN DARÍO: *Op. cit.*, t. III, pp. 285-286.

Azorín, en *Anarquistas literarios*, 1895, pedía que se desarrollase la instrucción por todo el país y exigía la fundación de instituciones que se dedicasen a la enseñanza. Fue este voto en parte cumplido después de la creación de la famosa *Institución libre de enseñanza*, la cual, como se sabe, fracasó. A pesar de la calidad de los colaboradores de Giner de los Ríos, no se consiguió nada. Saca Rubén Darío con cierta melancolía la conclusión de que:

o ellos no supieron enseñar, o el sistema no es aplicable a esta raza; yo creo ambas cosas (18).

Si ha llegado a tal degradación la enseñanza en España es, en opinión de Rubén Darío, por falta de administración y gobierno, y también por la preponderancia religiosa. No se trata de volcar las estructuras, sino de revisar todos los conceptos pedagógicos y formar profesores que tengan la vocación de la enseñanza, que posean un instinto paterno y humano. Hay que empezar por la base, o sea por la primera enseñanza, para que se enseñe a la juventud a leer y escribir correctamente. El Estado tiene que encauzar sus esfuerzos en esta dirección y aumentar notablemente el presupuesto del Ministerio de Instrucción Pública. Según estudio hecho por el economista Santiago Alba, al que se refiere Rubén Darío, sabemos que la participación del Estado español era reducidísima (1,50 por 100 del presupuesto) comparadas con la de Francia (6,5 por 100) y la de Inglaterra (8,5 por 100).

En otro artículo suyo de la misma época, también incluido en *España contemporánea*, nos dice Rubén Darío lo que opina de la aristocracia española. Ya que no se ha acostumbrado nunca a trabajar, sigue la nobleza con su mala costumbre de no trabajar. La educación de los aristócratas se hace en los países extranjeros y, naturalmente, en establecimientos religiosos. Después de conseguir los diplomas universitarios en Francia o en Inglaterra, se pasan el tiempo en recepciones mundanas, deportes o «vida chulesca». Muchos «gamberros» hay, como se diría hoy, entre los nobles, y da Rubén Darío espantosa lista de sus burlas, estupideces y actos delictivos (19). Saca dinero la aristocracia de la explotación de sus fincas, pero no se le ocurre mejorar la tierra valiéndose del ejemplo de los países extranjeros, para aumentar el rendimiento de los cultivos. Después de esta pintura tan severa y desilusionada, se concibe que Rubén escriba estas líneas feroces:

nada señala que la patria española pueda esperar algo de sus grandes o de su aristocracia.

---

(18) RUBÉN DARÍO: *Op. cit.*, t. III, p. 287.

(19) RUBÉN DARÍO: *Op. cit.*, t. III, pp. 339-341.

En la conclusión de su artículo se ha convencido de esta idea. Pero en las tinieblas aparece una lucecita esperanzadora:

No, no puede aguardar nada España de su aristocracia. La salvación, si viene, vendrá del pueblo guiado por su instinto propio, de la parte laboriosa que representa las energías que quedan del espíritu español, libre de políticos logreros y de pastores lobos (20).

Que la salvación venga del pueblo, lo mismo opinan los «noventa-yochistas». Pero ¿cuál es su situación? Claro que ha evolucionado mucho en algunas provincias, en Cataluña, por ejemplo, pero está muy atrasado en el resto de España. Vive el pueblo en la pobreza, y lo atestigua el número de mendigos. Cuando llega Rubén a Madrid, le asalta una multitud de pordioseros de ambos sexos. En su viaje por las *Tierras solares*, lo que, entre otras cosas, le llama la atención es la miseria de ciertas zonas de Andalucía. ¿Qué hace el Gobierno para remediar esta situación desoladora? La caridad es gran virtud, desde luego, pero no es suficiente dar a los pobres, o hacer actos caritativos, dice Rubén Darío. Cuando, por Semana Santa, la reina de España lava los pies de doce mujeres y de trece hombres indigentes, la ceremonia que se desarrolla en público no puede ser más conmovedora, pero no quita nada de la pobreza, y «por toda España crujiendo de hambre» sigue desarrollándose el anarquismo y extendiéndose la prostitución (21).

Muy precaria es la situación social de la mujer. Millones de mujeres no tienen trabajo y cuentan los especialistas más de cincuenta mil mendigas. Fuera de la Fábrica de Tabacos, de la costura y del servicio familiar, las obreras no tienen ninguna posibilidad de ganarse honradamente la vida. Se funda Rubén Darío en un estudio del ya citado Santiago Alba, y llama la atención de las esferas gubernamentales sobre el peligro. Con un adelanto de muchos años, pide Rubén, como única y valedera solución, la emancipación de la mujer, con igualdad de derechos, acceso a todos los puestos ocupados por los hombres, igual que en otros países más adelantados, Francia, Inglaterra o Estados Unidos.

Cuando evoca Ramiro de Maeztu la obra del 98, cuando recuerda lo que le hace falta a España y enumera aquello de «no hay escuelas, no hay justicia, no hay agua, no hay riqueza, no hay industria, no hay clase media, no hay moralidad administrativa, no hay espíritu de trabajo, no hay, no hay, no hay...» (22), parece que oímos a Rubén Darío,

---

(20) RUBÉN DARÍO: *Op. cit.*, t. III, pp. 335 y 342.

(21) RUBÉN DARÍO: *Op. cit.*, t. III, *España contemporánea, Semana Santa*, página 129.

(22) RAMIRO DE MAEZTU: *Autobiografía*, Madrid, Editora Nacional, 1962, página 87.

uniendo sus avisos y protestas al coro de los «noventayochistas» en defensa de España. Como ellos, tiene el mérito no sólo de abrir los ojos de sus compatriotas sobre la decadencia española, sino también de proponer soluciones, para que vuelva a recobrar España su vitalidad de siempre y su grandeza de antaño. Es un Rubén Darío economista, pensador, sociólogo, el que encontramos de modo inesperado en su obra.

Lo primero que hay que hacer en España es transformar la agricultura y la industria, mejorar las relaciones comerciales, desarrollar los cambios entre países, a lo menos entre los de lengua española. Urge ocuparse inteligentemente del campo y suprimir aquellos reglamentos estúpidos que prevén que el Ayuntamiento fije para toda la comarca la fecha de las vendimias, de la siega o del esquila. Desconoce la agricultura el uso de las máquinas modernas y sigue el labriego español trabajando la tierra con los mismos aperos de hace mil años. Es de necesidad urgente que se cree un Ministerio de Agricultura. ¡Y que no vayan a formar doctores en agricultura en las escuelas profesionales! El campesino español necesita una enseñanza práctica e inmediatamente utilizable. No cabe duda de que el campo está despoblado; pero es fácil repoblarlo, según Rubén, que propone pedir a la República Argentina que mande sus agricultores para explotar las tierras abandonadas. Convienen muy bien las dehesas andaluzas para la cría del ganado. Se podría organizar un comercio muy provechoso entre España y Argentina; ésta mandaría carne, aquella tejidos y sedas. Tiene Rubén Darío una visión muy concreta y práctica de las realidades. Es consciente de lo que necesita un país que no puede vivir con

las mutuas zalemas pasadas de un iberoamericanismo de miembros correspondientes de la Academia, de ministros que *taquinan* la musa, de poetas que «piden» la lira (23).

Pero sabe también lo difícil que es desarraigar las malas costumbres, vencer las preocupaciones, abrir brecha en aquella «muralla china» que cerca tan estrechamente un país anquilosado por siglos y siglos de rutina, y aletargado por aquella apatía contra la cual arremetían los de la generación del 98. Para llevar a cabo tan noble y patriótico proyecto,

hay que abrir todas las ventanas para que los vientos del mundo barran polvos y telarañas y queden limpias las gloriosas armaduras y los oros de los estandartes; hay que ir por el trabajo y la iniciación en las artes y empresas de la vida moderna, «hacia otra España», como dice en un reciente libro un vasco bravísimo y fuerte—el señor

---

(23) RUBÉN DARÍO: *Op. cit.*, t. III, *España contemporánea*, Madrid, p. 49.

Maeztu—, y donde se encuentren diamantes intelectuales, como los de Ganivet—¡el pobre suicida!—, Unamuno, Rusiñol y otros pocos, es señal de que ahondando más, el yacimiento dará de sí (24).

Estas reflexiones que sugieren el trabajo gigantesco que hay que hacer en España no excluyen, como se ve, esperanza de un porvenir mejor. Están sacadas de un artículo anodino en apariencia, y que se titula *Carnaval*, escrito en Madrid el 17 de febrero de 1899.

La imagen de la ventana por la que entra sol, luz y vida (imagen muy sugestiva que hay que relacionar con otras del mismo tipo, «muralla china», «armadura», etc.) vuelve repetidas veces bajo la pluma de nuestro poeta. Ya que estaba abierta en Cataluña, ¿por qué no lo estaría en las demás provincias de España para que pudiese entrar el aire vivificante? Después de estar unos días en Barcelona, puede escribir estas líneas:

Desde luego, sé ya que en Madrid me encontraré en otra atmósfera que si aquí [en Barcelona] existe un afrancesamiento que detona, ello ha entrado por una ventana abierta a la luz universal, lo cual, sin duda alguna, vale más que encerrarse entre cuatro muros y vivir del olor de cosas viejas (25).

El mismo Leopoldo Alas, también muy enterado de las necesidades españolas, pedía que se abriesen «las ventanas a los cuatro vientos del espíritu».

La vehemencia de la crítica y la inmensidad de la labor por cumplir no excluyen confianza en el porvenir. La mina, dice Rubén, en el artículo *Carnaval*, no está agotada, aún puede darnos tesoros. Lo mismo afirmaba en algunas páginas dedicadas a la actriz María Guerrero; pero la renovación de España sólo se alcanzará merced al contacto con los países adelantados. España podrá edificarse sobre bases nuevas, escribía Unamuno en *Sobre el marasmo actual de España*, sólo cuando los vientos de la atmósfera europea la hayan despertado de su letargo; eso se conseguirá, proclamaba el ilustre rector de la Universidad de Salamanca, con tal que se abran

de par en par las ventanas al campo europeo para que se ore la patria. Tenemos que europeizarnos y chapuzarnos en el pueblo (26).

Como si fuera un eco del pensamiento de Unamuno, proclama Rubén Darío

---

(24) RUBÉN DARÍO: *Op. cit.*, t. III, p. 91.

(25) RUBÉN DARÍO: *Op. cit.*, t. III, *España contemporánea. En Barcelona*, 1 de enero de 1899, p. 39.

(26) UNAMUNO: *En torno al casticismo*, col. Austral, núm. 403, p. 143.

Asomaos, españoles, sobre los Pirineos, ved el hervor de los pueblos extraños, aprended los ejercicios de las naciones que avanzan; vuestros músculos volverán a su fuerza antigua y vuestra lengua será oída por el mundo... ¡España..., olvida tus latines y será tuyo el futuro! (27).

Pero los que tienen que asomarse sobre los Pirineos son los escritores que han de cumplir, opina Rubén Darío, una misión patriótica. Cuenta España con sus intelectuales porque tienen, más que sus compatriotas, contactos con el extranjero y están al tanto del progreso de los países vecinos. Pueden ser, si quieren, los eficaces artesanos de la renovación de su país. Hay que leer esta apóstrofe lírica y apasionada a los intelectuales:

¡Ah, si los escritores españoles siguieran el ejemplo de su gran actriz [María Guerrero]! ¡Si se asomasen a la ventana del castillo feudal! ¡Ah, si los literatos de adarga antigua, rocín flaco y galgo corredor, subieran a ver el alba, de la tierra baja, a la Santa Montaña! Fecundarían así a la generación que viene, trabajarían por la resurrección de la patria... (28).

Otros también pensaban, Ramiro de Maeztu, por ejemplo, que representaban los intelectuales la salvación de España. El mismo Silverio Lanza —a quien Rubén Darío conocía por haberle encontrado y haber charlando con él repetidas veces en las tertulias madrileñas—, deseaba la formación de un gobierno

dirigido por la aristocracia intelectual, formado con la aristocracia del saber, del trabajo y de la virtud (29).

Muy cerca está Rubén Darío del pensamiento de Silverio Lanza; también comparte las ideas de Ramiro de Maeztu, del cual cita *Hacia otra España*, de Unamuno, varias veces aludido, cuyos artículos, reunidos en el libro famoso *En torno al casticismo*, ha leído; está de acuerdo con Santiago Alba, a cuyos trabajos se refiere a menudo, y, por fin, se puede decir que opina igual que todos los que discutían con ardor y apasionamiento, en las tertulias, sobre la situación de España y sus posibilidades de resurrección. Así notamos que el poeta modernista Rubén Darío sigue las filas de los pensadores de la generación del 98. Su visión de España es la misma. Su análisis de la decadencia, del ma-

---

(27) RUBÉN DARÍO: *Op. cit.*, t. IV, *María Guerrero*, p. 889.

(28) RUBÉN DARÍO: *Op. cit.*, t. IV, *María Guerrero*, p. 892. Por los mismos años, Pardo Bazán sugería que subiese la gente a lo alto del *Torreón de la esperanza* para ver si vienen al horizonte héroes nuevos para cambiar los que viven en el *Palacio frío*. Estos cuentos, escritos hacia 1898, se pueden leer en *Obras completas*, Madrid, Aguilar, t. I, *Cuentos de la patria*, pp. 1.774 y 1.776.

(29) Texto citado por LUIS S. GRANJEL: *La generación literaria del 98*, Salamanca-Madrid-Barcelona, Anaya, 1966, p. 179.

rismo español se parece por completo al de Maeztu o de Unamuno. Su indignación es tan grande, y su vehemencia, por el mismo estilo. Las soluciones propuestas se confunden porque son las mismas. Hay que decir, por consiguiente, que el poeta Rubén Darío se integra a la generación del 98. Rubén Darío no es solamente un poeta—el poeta modernista que abrió las ventanas de la poesía española anquilosada—, sino también un «noventayochista», como todos aquellos que sufren del estancamiento y de la decadencia de España. Todos proclaman con la misma voz que la salvación de la patria se halla en el contacto con el mundo exterior; no hay más remedio que emprender la «europeización» de España.

Esta comunidad de pensamiento que une Rubén Darío a los «noventayochistas» echa abajo los conceptos que parecían separados, de modernismo y de generación del 98. Muchos eruditos solían admitir que no podía haber relaciones entre estas dos ideas, o tendencias, o escuelas, las cuales, además, eran casi antinómicas, como lo expresó claramente Díaz-Plaja en su artículo *Modernismo frente a noventa y ocho*, o Granjel en sus estudios sobre el modernismo. Pero frente a esta posición disociativa, encontramos, en actitud contraria, la que expuso Ricardo Gullón en su libro *Direcciones del modernismo* (Madrid, Gredos, 1963), el cual descubre en los versos o la prosa de Unamuno los mismos caracteres del modernismo que don Miguel aborrecía. Creemos que nuestro análisis del pensamiento rubeniano arrima las ascuas a las sardinas de Ricardo Gullón, ya que encontramos en la obra del modernista Rubén Darío un espíritu «noventayochista» a más no poder.

Pero ¿cómo podrían las cosas ser distintas ya que los «modernistas», igual que los «noventayochistas» son innovadores y revolucionarios en cierto modo y ya que no se limitan a pisotear una estética literaria anticuada, sino a expresar un nuevo concepto de la vida, una nueva visión de la realidad española, dinámica, fuerte y enérgica, que se opone forzosamente con el estancamiento, indolencia y rutina asfixiantes? Pensamos, por consiguiente, que no se pueden disociar estos dos conceptos. En cualquier «modernista» encontraremos un «noventayochista» y *vice versa*. Lo cual prueba, como afirma Ricardo Gullón, que el modernismo no es una escuela, sino un estado de espíritu, una actitud a la vez estética, moral, social y política que caracteriza una época muy determinada. Todo eso se halla en la obra de Rubén Darío, el poeta conocido sobre todo como iniciador hispanoamericano de una renovación en las letras españolas de fines del siglo xix y principios del xx.

Pero si es Rubén Darío nicaragüense de nacimiento, es español de alma y corazón. En varias ocasiones expresó el orgullo que expe-

rimentaba por pertenecer a la nación hispana—recordemos cierto párrafo de su *Viaje a Nicaragua* (1909), o el famoso poema escrito en noviembre de 1912 cuyo título *Español* es un grito de amor por la patria de sus antepasados (30).

Esta vinculación moral, sentimental y familiar aclara al par que justifica su modo de reaccionar ante la decadencia española. Al lado del poeta se encuentra el pensador. El modernista lírico e idealista tiene una visión concreta y certera de la realidad de España como todos los que luchan por la transformación y el adelantamiento del país. Modernista, claro que lo es, no en el sentido estrecho y reducido de partidario de cierto tipo de escuela poética, pero sí en la aceptación más noble y lata de la palabra, aquella que incluye todos los afanes, esfuerzos y esperanzas de regeneración de los «noventayochistas».

ANDRÉ NOUGUÉ  
Faculté des Lettres et Sciences Humaines  
Université de  
TOULOUSE (France)

---

(30) RUBÉN DARÍO: *Op. cit.*, t. III, *Viaje a Nicaragua*, p. 1.025, y *Poesías completas*, Madrid, Aguilar, col. Joya, 1961, p. 1.195.